



## CAPÍTULO II.

Dá Santillana cuenta de su comision al ministro, quien le encarga el cuidado de hacer que venga Lucrecia á Madrid: de la llegada de esta actriz, y de su primera representacion en la corte.



**U**ANDO volví á Madrid, hallé al conde-duque muy impaciente por saber el resultado de mi viage.—Gil Blas, me dijo, ¿has visto á nuestra comedianta? ¿Merece que se le haga venir á la corte?—Señor, le respondí, la fama, que pondera comunmente mas de lo justo á las mugeres hermosas, se queda muy escasa respecto de la jóven Lucrecia, que es una persona admirable, tanto por su hermosura, como por sus habilidades.

—¿Es posible! exclamó el ministro con una satisfaccion interior que lei en sus ojos, y que me hizo pensar que me habia enviado á Toledo por su interes personal: ¿es posible que Lucrecia sea tan amable como me dices?—Cuando V. E. la vea, le respondí, confesará que no se puede hacer su elogio sin disminuir sus hechizos.—Santillana, replicó S. E., hazme una puntual relacion de tu viage, porque tendré particular gusto en oirla. Tomando entonces la palabra para satisfacer á mi amo, le conté hasta la historia de Laura inclusive. Díjele que esta actriz habia tenido á Lucrecia del marques de Marialba, señor portugues, que, habiéndose detenido en Granada viajando, se habia enamorado de ella. Finalmente, despues de haber hecho á S. E. una menuda relacion de lo que habia pasado entre aquellas comediantas, y yo, me dijo:—Me alegro infinito de que Lucrecia sea hija de un sugeto distinguido; eso me interesa todavía mas en su favor, y es necesario traerla á la corte. Pero continúa, añadió, del modo que has comenzado, y no me tomes en boca, sino que en todo ha de sonar únicamente Gil Blas de Santillana.

Fuí á verme con Carnero, á quien dije que S. E. queria que él despachase una orden, por la cual el rey admitia en su compañía cómica á Estela y á Lucrecia, actrices de la de Toledo.—Muy bien, señor de Santillana, respondió Carnero con una sonrisa maligna, al momento será vd. servido, porque segun todas las señas, vd. se interesa por esas dos damas. Al mismo tiempo estendió de propio puño, y me entregó la orden, que sin pérdida de tiempo envié á Estela por el mismo lacayo que me habia acompañado á Toledo. Ocho dias despues llegaron á Madrid madre é hija: fueron á hospedarse en una fonda inmediata al corral del Príncipe, y su primer cuidado fué enviármelo á decir por medio de un billete. Pasé al punto á la fonda, en donde, despues de mil ofertas por mi parte, y de agradecimientos por la suya, las dejé para que se dispusiesen á su primera salida á las tablas, deseándosela dichosa y brillante.

Se hicieron anunciar al público como dos actrices nuevas que la compañía del Príncipe acababa de admitir por orden de la corte, y representaron por primera vez una comedia que solian representar en Toledo con aplauso.

¿En qué parte del mundo deja de gustar la novedad en punto á espectáculos? Hubo aquel dia en el corral de comedias un concurso extraordinario de espectadores. No necesito decir que no falté á esta representacion. Estuve algo agitado antes que la comedia principiase, porque, por mas confianza que yo tuviera en la habilidad de la madre y de la hija, temia de su écsito: tanto me interesaba por ellas. Pero apenas abrieron la boca, se desvaneció mi temor con los aplausos que recibieron. Todos celebraban á Estela como una actriz consumada en la parte graciosa, y á Lucrecia como un prodigio para los papeles amorosos. Esta última arrebató los corazones: unos admiraron la hermosura de sus ojos; á otros encantó la suavidad de su voz; y sorprendidos todos de sus gracias y de su juventud florida, salieron hechizados de su persona.

El conde-duque, que se interesaba mas de lo que yo creia en el estreno de esta actriz, asistió aquella tarde á la comedia, y le ví salir hácia el fin de la funcion muy prendado, á lo que me pareció, de nuestras dos cómicas. Con la curiosidad de saber si habia quedado satisfecho de ellas, le seguí á su casa, y metiéndome en su gabinete, en donde acababa de entrar:—Y bien, señor escelentísimo, le dije, ¿le ha gustado á V. E. á Marialbita?—Mi escelencia, me respondió sonriéndose, seria descontentadiza si se negara á unir su voto con el del público. Sí, hijo mio, estoy encantado de tu Lucrecia, y no dudo que el rey la vea con placer.



## CAPITULO III.

Logra Lucrecia mucha celebridad en la corte: representa delante del rey, que se enamora de ella; y resultas de estos amores.



A primera salida al teatro de las dos actrices nuevas llamó la atención en la corte. Hablóse de ellas el día siguiente en el cuarto del rey. Algunos señores alabaron tanto á Lucrecia, y la pintaron tan hermosa, que el retrato escitó la curiosidad del monarca, el cual no solo disimuló la impresión que le había hecho, sino que calló y aparentó no atender á aquella conversacion.

Con todo, luego que se vió á solas con el conde-duque, le preguntó, quién era cierta actriz que tanto le habían ponderado. El ministro le respondió que era una jóven cómica de Toledo que había representado el día anterior por primera vez con mucha aceptación. Esta actriz, añadió, se llama Lucrecia, nombre que conviene con mucha propiedad á las mugeres de su profesion. Conocíala Santillana, y me habló tan bien de ella, que me pareció conveniente recibirla en la compañía cómica de V. M. Sonrióse el rey cuando oyó mi nombre, recordando quizá en aquel momento, de que por mí había conocido á Catalina, y presintiendo acaso que le había de prestar el mismo servicio en esta ocasion. Como quiera que esto fuese, el rey dijo al ministro:—Conde, mañana quiero ver representar á esa Lucrecia: ten cuidado de hacérselo saber.

Contóme el conde-duque esta conversacion que había tenido con el rey, y me mandó ir á la casa de las dos comediantas para prevenir las de la intencion de S. M. Partí volando, y habiendo encontrado á Laura la primera,—vengo, le dije, á daros una gran noticia. Mañana, tendreis entre vuestros espectadores al soberano de la monarquía: así me ha mandado el ministro que os lo prevenga. No dudo que tú y tu hija empleareis todos vuestros esfuerzos para corresponder al honor que el monarca quiere haceros. A ese fin os aconsejo elijais una comedia en que haya baile y música, para que Lucrecia pueda lucir todas sus habilidades.—Seguirémos tu consejo, me respondió Laura, y harémos lo

posible para que S. M. quede contento.—No podrá menos de quedarlo, repliqué yo, viendo entonces á Lucrecia que venia en trage casero, con el cual parecia cien veces mas agradable y linda, que adornada con las mas soberbias galas del teatro. Quedará tanto mas contento S. M. de tu amable sobrina, cuanto que ninguna cosa le divierte mas que el baile y el oír cantar; y ¿quién sabe si acaso no la mirará con buenos ojos, tentándole los de Lucrecia?—No quisiera, interrumpió Laura, que S. M. tuviese tal tentacion; porque apesar de ser un monarca tan poderoso, pudiera hallar obstáculos en el cumplimiento de sus deseos. Aunque Lucrecia se ha criado entre bastidores y entre las licencias del teatro, tiene virtud; y bien que no le desagraden los aplausos en la escena, todavía aprecia mas ser tenida por doncella honrada, que por actriz sobresaliente.

—Tia mia, dijo entonces la Marialbita tomando parte en la conversacion, ¿á qué fin forjar monstruos imaginarios para combatirlos? Nunca me veré en el caso de desdeñar los suspiros del rey; porque la delicadeza de su gusto le librárá del sonrojo interior que padecería por haberse abatido hasta poner los ojos en mí.—Pero, amable Lucrecia, le dije, si aconteciera que el rey quisiese ofrecerte su corazón, ¿serías tan cruel que le dejases suspirar á tus piés como á otro cualquier amante?—¿Y por qué no? respondió prontamente; sin duda que lo haría así: pues, prescindiendo de la virtud, conozco que mi vanidad se lisonjearía mas en resistir á su pasión, que en rendirme á ella. No me admiró poco oír hablar de esta manera á una discípula de Laura. Despedíme de las dos alabando á la última por haber dado á la otra tan buena educacion.

Impaciente el rey por ver á Lucrecia, fué la tarde siguiente al teatro. Representóse una comedia intermediada de música cantante y de baile<sup>1</sup>, en la cual sobresalió en todas cosas nuestra jóven actriz.

Desde el principio hasta el fin no aparté los ojos del monarca, á ver si podia descubrir por los suyos lo que pasaba en su interior; pero burló toda mi penetracion con un aire de magestuosa gravedad que mostró constantemente hasta el fin; y así hasta el día siguiente no supe lo que tenia tantas ganas de saber.—Santillana, me dijo el ministro, vengo del cuarto del rey: me ha hablado de Lucrecia con tan encarecidas expresiones, que no dudo ha quedado muy prendado de ella. Y como yo

<sup>1</sup> De las minuciosas indagaciones que se han hecho sobre la narrativa de esta historia, se deduce que la comedia que se representó en este día fué *El Desden con el desden*; que acababa de componer en su florida edad D. Agustin Moreto, y se repetía con aplauso y á porfía en todas las ciudades, como sucede hoy mismo, y sucederá hasta el fin del mundo.

le tenia dicho que tú eras quien la hiciste venir de Toledo, ha mostrado deseo de hablar privadamente contigo sobre este particular. Ve al momento á presentarte á la puerta de su cuarto, donde ya hay órden de que te dejen entrar: corre y vuelve al instante á enterarme de esa conversacion.

Marché al punto al cuarto del rey, á quien encontré solo: paseábase á paso largo esperándome, y parecia estar pensativo. Hízome muchas preguntas acerca de Lucrecia, cuya historia me obligó á contarle; y cuando la acabé, me preguntó, si aquella jóven habia tenido alguna distraccion. Habiéndole asegurado resueltamente que no, sin embargo de conocer lo arriesgadas que suelen ser semejantes aserciones, el monarca dió muestras de gran placer.—Siendo eso así, repuso, te elijo por agente mio para con Lucrecia, y quiero que sepa por tu conducto qué corazon ha conquistado. Ve á decírselo de mi parte, añadió, entregándome un cofrecito lleno de joyas de valor de mas de cincuenta mil ducados, y dile que le ruego acepte este presente como prenda de otras pruebas mas sólidas de mi afecto.

Antes de desempeñar esta comision, pasé á ver al conde-duque, á quien dí cuenta fiel de lo que el rey me habia dicho. Pensaba yo que aquel ministro, en lugar de celebrar la noticia, la sentiria; porque como ya dije, sospechaba yo que tenia sus designios amorosos hácia Lucrecia, y que sabia con sentimiento que su señor era su rival; pero me engañaba, porque, lejos de desazonarle la noticia, se alegró tanto de oirla que, no pudiendo disimular su gozo, dejó escapar algunas espresiones que yo recogí.—*¡Ah rey mio!* exclamó, *ahora sí que te tengo seguro; desde este punto van á intimidarte los negocios.* Esta apóstrofe me hizo ver con claridad todo el manejo del conde-duque, y conocí que éste señor, temiendo que el monarca quisiera ocuparse en asuntos serios, procuraba distraerle con las diversiones mas análogas á su carácter.—Santillana, me dijo luego, no pierdas tiempo; ve cuanto antes, amigo mio, á obedecer la importante órden que se te ha dado, y de que muchos cortesanos se gloriarian se les hubiese confiado. Piensa, continuó, que no tienes aquí al conde de Lemos que te quite la mejor parte del honor del servicio hecho; tuyo será por entero, y ademas todo el fruto.

De este modo me doró S. E. la píldora, que tragué lo mejor que pude, mas no sin percibir su amargura; porque despues de mi prision me habia acostumbrado á mirar las cosas bajo un punto de vista religioso; y el empleo de Mercurio en gefe no me parecia tan honorífico como me decian. No obstante, aunque no era tan vicioso que pudiera ejercitarlo sin remordimiento, tampoco era tanta mi virtud que tuviese valor para rehusarlo. Obedecí, pues, al rey con tanto mayor gusto, cuanto que

veía al mismo tiempo que mi obediencia agradaria al ministro, á quien anhelaba complacer.

Parecióme conveniente avistarme primero con Laura y hablarle del particular á solas. Espúsele mi comision en los términos mas moderados, concluyendo mi arenga con ponerle en la mano el cofrecillo. A vista de las joyas, no pudiendo ocultar su alegría, la manifestó abiertamente.—Señor Gil Blas, exclamó, á presencia del mejor y mas antiguo de mis amigos no debo reprimirme. Haria mal en ostentar contigo una fingida severidad de costumbres, y andar en retrecherías. Sí, por cierto, prosiguió ella, confieso que me faltan voces para esplicar el regocijo que me ha causado una conquista tan preciosa, cuyas ventajas conozco; pero hablando entre los dos, temo que Lucrecia las mire con otros ojos: porque aunque criada en el teatro, es tan timorata, y de tanto pundonor, que ya ha desechado las ofertas de dos señores amables y opulentos. Dirásme quizá, prosiguió ella, que dos señores no son dos reyes: convengo en ello, y tambien en que un amante coronado puede hacer titubear la virtud de Lucrecia. Con todo eso no puedo menos de decirte que el écsito es muy dudoso, y te aseguro que yo no haré violencia á mi hija. Si ésta, lejos de considerarse favorecida con el afecto momentáneo del rey, lo mira como mancha de su recato, espero que este gran monarca no se dé por ofendido de su repulsa. Vuelve mañana, añadió, y te diré si has de llevarle una respuesta favorable, ó sus joyas.

A pesar de esto, yo no dudaba que Laura ecshortaria mas bien á Lucrecia á desviarse de su deber que á mantenerse en él; y contaba positivamente con esta ecshortacion. Sin embargo, supe con sorpresa al dia siguiente que Laura habia tenido tanta dificultad en encaminar su hija hácia el mal, como otras madres la tienen en conducir las suyas hácia el bien: y lo que mas hay que admirar todavia es, que Lucrecia, despues de haber tenido algunas conversaciones secretas con el monarca, quedó tan arrepentida de haber condescendido con sus deseos, que de repente renunció al mundo y se encerró en un convento de la villa de Madrid, donde luego enfermó y murió á impulsos de la vergüenza y del dolor. Laura por su parte inconsolable de la pérdida de su hija, de cuya muerte se consideraba autora, se metió en las Arrepentidas, donde pasó el resto de su vida llorando los amargos gustos de sus floridos años. Afligió mucho al rey el inopinado retiro de Lucrecia; pero como por su genio, naturalmente inclinado á divertirse, hacian poca mansion en él las pesadumbres, se fué consolando poco á poco. El conde-duque aparentó la mayor indiferencia é insensibilidad en este suceso, bien que no dejó de desazonarle, como fácilmente lo creerá el advertido lector.



## CAPITULO IV.

Nuevo empleo que confirió el ministro á Santillana.



É fué tan sensible la desgracia de Lucrecia, y experimenté tantos remordimientos de haber contribuido á ella, que, considerándome como un infame, á pesar de la elevacion del amante á quien habia servido, resolví abandonar para siempre el caduceo, y manifestando al ministro la repugnancia que me causaba el llevarle, le supliqué me emplease en cualquiera otra cosa.—Santillana, me dijo, me agrada sobremanera tu delicadeza, y pues eres un mozo tan honrado, quiero darte una ocupacion mas conforme á tu prudencia; óyela y escucha con atencion la confianza que voy á hacerte.

—Algunos años antes de mi privanza, continuó, ví por casualidad á una dama que me pareció tan airosa y tan linda, que hice la siguiesen. Supe que era una genovesa llamada Doña Margarita Espínola, que vivia en Madrid á espensas de su hermosura; me dijeron tambien que Don Francisco de Valcarcel, alcalde de corte, sugeto anciano, rico y casado, gastaba mucho con ella. Esta circunstancia, que al parecer debiera haberme inspirado desprecio hácia ella, encendió en mí el deseo mas vehemente de entrar á la parte en sus favores con Valcarcel. Para satisfacer este capricho, me valí de una medianera de amor, cuya habilidad me facilitó en breve tiempo una conversacion secreta con la genovesa, á la que siguieron otras muchas; de manera que tanto mi rival como yo, éramos igualmente bien admitidos, gracias á nuestras dádivas; y quizá tendria algun otro galan tan favorecido como nosotros dos.

Como quiera que sea, Margarita en aquella confusion de cortejantes llegó insensiblemente á ser madre, y dió á luz un niño, con cuya pater-

nidad quiso honrar á cada uno de sus amantes en particular; pero como ninguno podia preciarse en conciencia de que le era debido aquel honor, todos lo renunciaron, de suerte que la genovesa se vió precisada á criarle en su casa con el producto de sus galanteos; lo que duró diez y ocho años, al cabo de los cuales murió la madre, dejando á su hijo sin bienes, y lo peor de todo, sin educacion.

Tal es, continuó S. E., la confianza que tenia que hacerte: ahora voy á enterarte del gran proyecto que tengo formado. Quiero sacar de su infeliz suerte á este jóven sin ventura, y haciéndole pasar de un extremo á otro, elevarle á los honores y reconocerle por hijo mio.

Al oír un proyecto tan estravagante, no me fué posible callar.—¿Cómo, señor! exclamé, ¿es posible que haya cabido en V. E. una resolucion tan estraña? Perdóneme V. E. esta espresion hija de mi celo.—Tú la hallarás justa, replicó con precipitacion, cuando te haya dicho las razones que me han determinado á tomarla. No quiero sean herederos míos mis parientes colaterales. Tal vez me dirás que no soy tan viejo que no pueda todavía esperar tener sucesion con la condesa de Olivares; pero cada uno se conoce á sí mismo; bástete saber que he probado inútilmente todos los secretos de la química para volver á ser padre. Así pues, ya que la fortuna, supliendo lo que falta á la naturaleza, me presenta un muchacho, del cual no es del todo imposible sea yo el verdadero padre, quiero adoptarle por hijo: así lo he resuelto.

Viendo yo encaprichado al ministro en semejante adopcion, dejé de oponerme á su idea, sabiendo era capaz de cualquier gran desacierto antes que desistir de su parecer.—Ahora solo se trata, prosiguió él, de dar una educacion correspondiente á Don Enrique Felipe de Guzman; porque bajo este nombre quiero que sea conocido hasta que se halle en estado de poseer las dignidades que le esperan. En tí, mi querido Santillana, he puesto los ojos para que le gobiernes; descuido enteramente en tu capacidad, y en tu adhesion hácia mí, sobre el cuidado de establecer su casa, de proporcionarle toda clase de maestros, y en una palabra, de hacerle un caballero completo. Quise negarme á admitir semejante empleo, representando al conde-duque que no podia en conciencia encargarme de un ministerio que jamas habia ejercido, y que pedia mas ilustracion y mérito del que yo tenia; pero luego me interrumpió y me tapó la boca diciéndome con entereza que absolutamente queria fuese yo el ayo de su hijo adoptivo, á quien destinaba para ocupar los primeros puestos de la monarquía. Me resigné, pues, á desempeñar este destino por complacer á S. E., quien en premio de mi condescendencia aumentó mi escasa renta con una pension de mil escudos que hizo se me concediese, ó mas bien me dió él sobre una encomienda de la órden de Montesa.



## CAPÍTULO V.

Es reconocido auténticamente el hijo de la genovesa bajo el nombre de D. Enrique Felipe de Guzman: establece Santillana la casa de este señor, y le proporciona toda clase de maestros.



ON efecto, tardó poco el conde-duque en reconocer por hijo suyo al de Doña Margarita Espínola. Hízose esta adopción por medio de escritura pública y solemne, con noticia y aprobacion del rey. Á Don Enrique Felipe de Guzman (este fué el nombre que se dió á aquel hijo de muchos padres) se le declaró por único heredero del condado de Olivares y del ducado de San Lucar. El ministro, para que nadie lo ignorase, dió parte de ello por medio de Carnero á los embajadores y á los grandes de España, quedando todos altamente sorprendidos. Los ociosos y bufones de Madrid tuvieron asunto para divertirse y reir por largo tiempo, y los poetas satíricos no perdieron tan bella ocasion para desahogar su mordacidad.

Pregunté al conde-duque donde estaba el personage que S. E. queria fiar á mi cuidado.—En Madrid está, me respondió, á cargo de una tia, de cuya compañía le sacaré luego que tú le tengas ya buscada casa y familia. Esto se hizo en poco tiempo: alquilé una habitacion que hice adornar magníficamente; busqué pages, un portero, criados menores, y con el auxilio de Caporis en breve proveí los empleos principales de la casa. Recibida toda esta gente dí parte á S. E., quien hizo venir al equívoco y nuevo vástago del gran tronco de los Guzmanes. Presentóse á mis ojos un mozo de buen aspecto.—Don Enrique, le dijo S. E., señalándome á mí con el dedo, este caballero que aquí ves es el sugeto que yo mismo he escogido para que te gobierne y guie en la carrera del mundo. Tengo puesta en él toda mi confianza, y le he dado poder y autoridad absoluta sobre tí.—Sí, Santillana, añadió dirigiéndose á mí, á tu cuidado le entrego enteramente, muy seguro de que me darás buena cuenta de él. Á estas palabras añadió el ministro otras para eshortar al jóven á someterse á mi voluntad; despues de lo cual llevé á Don Enrique conmigo á su casa.

Luego que estuvimos en ella, hice venir ante él á todos los criados, explicando á cada uno el oficio que tenia. El manifestó no causarle no-



vedad la mutacion de estado, antes bien admitia con tanta naturalidad todas las demostraciones de atencion y de respeto que se le tributaban como si hubiera sido por nacimiento aquello que representaba por capricho y por casualidad. No le faltaba talento, pero era ignorante en sumo grado. Apenas sabia leer ni escribir. Busquéle un preceptor que le enseñase los rudimentos de la lengua latina, maestros de geografía, de historia y de esgrima. Ya se deja discurrir que no me olvidaria de un maestro de baile; pero habia á la sazón tantos y tan famosos en Madrid, que solamente me hallé perplejo en la eleccion, no sabiendo á quien dar la preferencia.

Hallábame así indeciso, cuando ví entrar en el portal de casa un sugeto ricamente vestido, quien me dijeron queria hablarme. Salí á recibirle creyendo que era, cuando menos, un caballero de Santiago ó de Alcántara, y despues de hacerme mil cortesías que acreditaban su profesion:—Señor de Santillana, me dijo, como he sabido que es V. S. quien elige los maestros del Señor Don Enrique, vengo á ofrecerle mis servicios. Yo, señor, añadió, me llamo Martin Ligero, y gracias á Dios tengo bastante reputacion: no acostumbro andar á caza de discípulos, que eso es bueno para los maestrillos principiantes. Comunmente espero á que me busquen; pero enseñando como enseñó al señor duque de Medinasidonia, al Señor Don Luis de Haro, y á algunos otros caballeros de la casa de Guzman, de la cual me precio ser como criado y servidor nato, me pareció ser de mi obligacion anticiparme.—Por lo que vd. me dice, repuse yo, veo ser el sugeto que nos hacia falta. ¿Cuánto lleva vd. al mes?—Cuatro doblones de oro, me respondió, que es el precio corriente, y no doy mas de dos lecciones por semana.—¡Cuatro doblones! le repliqué: eso es demasiado:—¿Cómo demasiado? repuso con aire de admiracion, y tal vez V. S. no reparará en dar un doblon por mes á un maestro de filosofía.

No me fué posible contener la risa á vista de una contestacion tan ridícula, y pregunté al Señor Ligero si en conciencia creia que un hombre de su profesion era preferible á un maestro de filosofía.—Y cómo que lo creo, me respondió: nosotros somos cien veces mas útiles á la sociedad que esos señores míos. Y si no, dígame V. S., ¿qué cosa son los hombres antes de pasar por nuestras manos? Estátuas de mármol, osos mal domesticados; pero nuestras lecciones los devastan poco á poco, y les hacen tomar insensiblemente formas regulares: en una palabra, nosotros les enseñamos actitudes de nobleza y gravedad.

Rendíme á las razones de aquel maestro de baile, y le recibí para que enseñase á Don Enrique por los cuatro doblones al mes, que era el precio corriente entre los grandes maestros de aquel arte.